

Nuestro compromiso pastoral en la escuela cristiana

ANTONIO BOTANA

(Intervención de A. BOTANA en las *Jornadas nacionales para directivos* de Centros La Salle, Aravaca, julio de 1984.

Las referencias citadas corresponden al documento de la Sagrada Congregación para la Educación Católica «La Escuela Católica», de 19 de marzo de 1977.)

I. UNA IDENTIDAD DIFERENTE

1. Tener conciencia de «alternativa»

«Lo que falta muchas veces a los católicos que trabajan en la escuela es quizá, en el fondo, una clara conciencia de la "identidad" de la escuela católica misma y la audacia para asumir todas las consecuencias que se derivan de su "diferencia" respecto de otras escuelas» (n.º 66).

El texto subraya dos palabras: «identidad» y «diferencia». La escuela cristiana —católica— tiene una *identidad diferente* a la de otras escuelas, lo cual equivale a situarse como alternativa.

Esto debiera resultar evidente. Tan evidente como que pierde su razón de ser en cuanto deja, de hecho, de ser alternativa, en cuyo caso hay que transformarla o suprimirla.

Y, sin embargo, el mismo texto antes citado constata que muchas veces falta *clara conciencia* de ello y *audacia* para asumir las consecuencias. Basta con que miremos hacia dentro para que tengamos que admitirlo.

La reflexión que estos días estamos haciendo a partir de las líneas básicas del carácter propio de nuestros centros nos obliga a repensar nuestra identidad y, en el meollo de nuestra identidad, a enfrentarnos con nuestro compromiso pastoral. Pero vamos a tratar de hacerlo desde la perspectiva exacta.

A veces, llevados desde un mal entendido concepto democrático, hemos planteado el tema de nuestra identidad en términos de «derecho»: «Tenemos derecho a un ideario propio...» Es un mal planteamiento con malas consecuencias. No tenemos «derecho». Lo que tenemos es un *deber*. La sociedad, la Iglesia, los jóvenes que vienen a nuestros centros, ellos sí tienen el derecho a esperar de nosotros la audacia para asumir las consecuencias que entraña esta identidad. Y no es sólo cuestión de semántica: el abandono fáctico de un derecho puede ser que no nos quite el sueño; al fin y al cabo, es cuestión nuestra usar o no el derecho. Pero sí es un deber lo que estamos abandonando, que afecta incluso a nuestra razón de ser, eso es como para que nos preocupemos individual, comunitaria e institucionalmente.

Pues bien: la identidad cristiana de nuestros centros, el que sean una *alternativa* real, es un deber del que depende el que tengamos derecho a sobrevivir.

Precisemos el concepto de identidad: lo que define a la escuela en cuanto cristiana (católica), es decir, lo que la constituye en alternativa, es su referencia a la concepción cristiana de la realidad (n.º 33). En el proyecto educativo de la escuela cristiana, *Cristo es el fundamento* (n.º 34). No es, por consiguiente, nuestra categoría intelectual, ni la seriedad en los programas, ni nuestros métodos pedagógicos avanzados, nuestra disciplina, ni incluso nuestra dedicación ni preparación profesional, ni mucho menos los buenos resultados logrados en la selectividad... Todo eso son medios que con frecuencia convertimos en fines. Nuestra escuela será cristiana si los principios evangélicos se convierten para ella en *normas educativas, motivaciones interiores* y al mismo tiempo *metas finales* (n.º 34).

Dicho de otra manera, la alternativa de la escuela cristiana, lo que la diferencia de toda otra escuela que se limita a formar al hombre, es que ella se propone formar al cristiano, o al hombre según Cristo (n.º 47).

2. La pastoral en la escuela: en el núcleo mismo

Al llegar aquí podremos ya situar la pastoral donde le corresponde y, sobre todo, precisar en qué consiste.

La pastoral *se sitúa en el núcleo mismo* de la identidad de la escuela cristiana. No es que vayamos a convertir el centro en una parroquia. No es que absorba

las energías y la labor del centro, como es lógico. No se trata de eso. Más bien es aquello que da consistencia y sentido cristiano a todo lo que se hace en el centro. Quizá podamos compararla con la levadura que hace fermentar la masa, o la sal que condimenta todo el cocido. Pero si la sal se vuelve insípida, ¡se estropeó el cocido! En último término, llega a reconocerse la identidad del centro por el tipo de pastoral que en él se realiza. Aclarémoslo:

La identidad no se plantea en términos de «cantidad»: «¿Los demás tienen una hora o dos horas semanales de religión? Nosotros tenemos tres.» «¿Una misa al año? Nosotros una cada mes, cada semana o a diario.» «Aquí comulgan la mayor parte y se confiesan tantos. Asisten masivamente a las convivencias o ejercicios.» No es eso.

La identidad la da el espíritu, en este caso el espíritu cristiano que penetra cuanto se hace en la escuela, la concepción cristiana de la vida y del mundo, que supone unos *valores*, un *ambiente* (clima, estilo, relaciones, estructuras) y un modo peculiar de mirar al *futuro*.

Los valores son, fundamentalmente, valores *de vida*, no sólo culturales, y vienen formulados a través de las Bienaventuranzas evangélicas, que se constituyen en norma de vida.

Pero esos valores no llegan a hacerse vitales si no es a través de una permanente conversión («conversión» = cambiar de mentalidad: volverse a los valores del Evangelio). «Para lograr la síntesis entre fe y vida en la persona del alumno, la Iglesia sabe que el hombre necesita ser formado en un proceso de continua conversión para que llegue a ser aquello que Dios quiere que sea» (n.º 45).

Cuando esos valores se expresan y se ponen en práctica, surge un determinado estilo en el centro, un ambiente, unas relaciones interpersonales típicamente cristianas que actúan a su vez como transmisores de los valores que encarnan.

Pero ese estilo sólo es posible si hay una *comunidad* que lo origina, que encarna esos valores. En realidad podemos llamarlo el estilo comunitario, que viene exigido «no sólo por la naturaleza del hombre y del proceso educativo, como ocurre en las demás escuelas, sino por la naturaleza misma de la fe» (n.º 54) y, en nuestro caso, como una característica esencial y tradicional de la escuela lasaliana.

Finalmente, como en toda escuela, la formación está proyectada hacia el futuro, hacia la inserción social del educando. Y también aquí la identidad de la escuela cristiana debe dejar claro su carácter de alternativa, porque el futuro en el que cree y la sociedad que tiene intención de formar no sólo son diferentes al futuro y la sociedad que se nos presentan como los únicos realmente válidos, sino contrapuestos en muchos aspectos. A este futuro, en

cuya edificación se invita al alumno a colaborar, se le da el nombre de *Reino de Dios*. Y a esa colaboración se le llama *compromiso*, un compromiso que abarca la vida entera, que no se contenta con acciones sueltas o pequeños servicios de «fin de semana», sino que queda enmarcado por lo que llamamos *vocación*.

Resumiendo: Valores, ambiente o estilo, un modo peculiar de mirar al futuro: estos tres elementos que definen la identidad del centro adquieren consistencia en esa *dinámica del proceso evangelizador* o pastoral al llevarlos a la realidad y hacerlos palpables por medio de la *conversión*, la *comunidad* y el *compromiso por el Reino de Dios*.

II. PASTORAL DE INSPIRACION CATECUMENAL

Como fácilmente se puede apreciar, esta pastoral que hemos llegado a calificar como sustento de la identidad de la escuela cristiana es al mismo tiempo una *pastoral de inspiración catecumenal*, es decir, una pastoral en la cual la comunidad es *la fuente, el lugar y el fruto* de esa misma pastoral. Por tanto, será objetivo de esta pastoral el que la escuela cristiana se constituya en comunidad que tienda a la transmisión de valores de vida, y esto porque sabe que «la fe cristiana nace y crece en el seno de una comunidad». Pero al mismo tiempo la comunidad será el fruto normal de una pastoral bien llevada. Y si el fruto no llega, es como para dudar seriamente de la pastoral o de la identidad de la escuela.

1. Las tres dimensiones de esta pastoral

Vamos a intentar ahora concretar o aclarar al menos *las dimensiones* de esta dinámica que estamos proponiendo como compromiso pastoral de nuestros centros.

a) Primeramente hemos hablado mucho de *comunidad*. Un concepto muy ambiguo que es preciso definir y delimitar muy bien para entendernos. De lo contrario es fácil que unos estén pensando en toda la comunidad educativa formada por la totalidad de profesores, alumnos y padres, identificándola con la comunidad cristiana, y otros quizá piensen en esos lazos «místicos» que nos unen a todos los que recibimos los mismos sacramentos... Es decir, todo depende del modelo de Iglesia que tengamos en nuestra mente.

El modelo de Iglesia que está en la base de nuestra pastoral y hacia el cual conduce es éste: *Comunidad de comunidades*, lo cual significa, lisa y llanamente, que la Iglesia que construimos empieza en ese grupo de dimensiones humanas, donde están ausentes el anonimato, la masificación y el individualismo, donde hay una dimensión real de fraternidad, donde la Palabra interroga de verdad y la vida personal se somete a la luz del Evangelio, donde la

fe puede expresarse y, de esta manera, crecer. Y esto porque pensamos con Alberto Iniesta que «la Iglesia de hoy, como la de siempre, o será una comunidad de comunidades, preparadas por un catecumenado y después mantenidas en un clima de autocatequesis constante o seguirá siendo una Iglesia burocrática en vez de carismática; bostezante en vez de confesante; una Iglesia atomizada e invertebrada, pasiva y masificada en lugar de ser un pueblo de Dios vivo, alegre y decidido en su caminar, que pueda dar testimonio ante el mundo de la esperanza que da sentido a su marcha por la historia».

En nuestro centro, por tanto, lo mismo que a otros niveles más amplios, podremos decir que existe una comunidad cristiana si la traducción es ésta: una comunidad de comunidades, una serie de grupos cristianos en los que la fe es *personalizada*, donde cada uno de sus miembros se va *identificando* con esa fe que profesa y con esa Iglesia a la que no se contenta con simplemente «pertener».

De esta manera hemos llegado a otro concepto clave en el sentido comunitario de la fe y con los objetivos de esta pastoral: personalizar la fe.

Personalizar la fe significa vivirla conscientemente en libertad, en referencia a los otros, en disposición de compartirla, en actitud de búsqueda y de conversión continua, dejándose cuestionar por ella, haciendo que llegue a todas las manifestaciones de la persona con creatividad y responsabilidad.

b) Una segunda línea directriz es la *conversión*. La conversión como proceso continuo. Y también aquí topamos con una serie de malformaciones heredadas de aquello que se llamó «pastoral de cristiandad». Aún predomina la mentalidad de que la conversión es para los no bautizados o para los grandes pecadores, que es algo que se predica en las misiones y en cuaresma, pero que no tiene sentido el gritarlo a aquellos «buenos cristianos» de misa dominical y medalla al cuello ni, desde luego, a los alumnos de nuestros centros (¡no digamos a los profesores!). Y, sin embargo, en la predicación de Jesús, tal como aparece en el Evangelio, esa es la primera palabra con la que invita a coger el Reino de Dios que ya llega. Pero lo mismo que el Reino de Dios no es algo que aparece repentinamente y ya está, sino que va creciendo imperceptiblemente como el grano de mostaza, así también la conversión es una actitud permanente, no un hecho aislado; es un proceso en el que uno se sitúa al mismo tiempo que accede a la fe, y sólo en la medida en que avanza ese proceso avanza también la llegada del Reino de Dios.

La conversión será, por consiguiente, el punto de partida permanente en esta pastoral. No se da por supuesto el que uno sea cristiano por el mero hecho de que pertenece a una familia o sociedad «cristiana». Es también una invitación que se hace a todos: a los alumnos en cualquier edad y de forma acomodada a la edad; a los profesores, religiosos y seglares; a los padres de los alumnos. A todos se les dice «¡Convertíos! Cambiad de mentalidad. Aceptad los valores del Evangelio. Entrad en la comunidad cristiana con todas sus

consecuencias.» Porque así se concreta la conversión: en la entrada en la comunidad o en una vivencia mayor de la comunidad, que es garantía de que el Reino de Dios llega.

Pero la conversión es *libre y personal*, lo cual excluye una actuación indiscriminada y masiva. A muchos no les interesa convertirse, no les son rentables los valores del Evangelio. Y no hay por qué empeñarse en dar a cada uno más de lo que está dispuesto a recibir. No es, por tanto, una pastoral de masas. Habrá que delimitar muy bien qué tipo de ofertas pastorales corresponden a cada nivel de conversión y no rebajar la exigencia para aumentar el número, lo cual equivale a desvalorizar el producto.

c) Sería ésta una pastoral plana, encerrada en sí misma, sin esta tercera dimensión que le da el relieve y la proyecta hacia el futuro: *el compromiso por el Reino de Dios*. Y también aquí habremos de precisar este concepto que con tanta frecuencia traducimos en un montón de baratijas con los que tranquilizamos nuestra conciencia y minimizamos la exigencia cristiana ante nuestros alumnos. Llamo «baratijas» a toda esa serie de acciones sueltas, tales como catequesis dominicales, visitas a barrios pobres o asilos, campañas de caridad... cuando se realizan como una «condescendencia» desde un estilo de vida que no tiene nada que ver con esas acciones. Estas sólo tienen sentido en cuanto ayudan a descubrir unas realidades, despiertan la sensibilidad ante ellas y se convierten en interrogantes que van transformando el modo de entender la vida y de plantearse el futuro.

Nuestra opción pastoral por el compromiso se refiere al *compromiso vital*, el que da una orientación determinada a toda la vida; es el resultado de la coherencia entre fe y vida o, de otro modo, el entender la vida como vocación. Esto supone un estilo diferente —volvemos con la «alternativa»— a la manera corriente de educar. Supone que «no se transmite la cultura como un medio de potencia y de dominio, sino como un medio de comunión y de escucha de la voz de los hombres, de los acontecimientos y de las cosas». Supone que «no se considera el saber como un medio de crearse una posición, de acumular riquezas, sino como un deber de servicio y de responsabilidad hacia los demás» (n.º 56). Supone el enseñar a aceptar como realidades permanentes en la praxis cristiana el riesgo y la inseguridad, y a luchar contra la tendencia a buscar garantías de estabilidad que impiden al joven de hoy comprometerse. Se trata de lograr justamente lo contrario de esos «burgueses satisfechos», como calificaba Carlos Díaz al promedio de nuestros alumnos mayores, retratado en aquella encuesta realizada hace cuatro años en buen número de nuestros colegios.

Nos planteamos, por consiguiente, toda una iniciación progresiva del muchacho en los tres ámbitos en los que ha de realizarse el compromiso vital: personal, comunitario y social, que le ha de llevar a una conversión interior permanente y a luchar por la radical transformación de relaciones y estructuras.

Desde este mismo planteamiento elaboramos nuestra pastoral vocacional. Cuando el muchacho, merced a esa iniciación progresiva al compromiso cristiano, llega también a cambiar la pregunta natural «¿Qué me gustaría ser?» por «¿Qué quiere Dios de mí?», ahí ha comenzado a funcionar la pastoral vocacional...

2. Una pastoral de opciones, no de actividades

Estas son las tres grandes opciones de nuestra pastoral. Dicho por el lado contrario, esto significa que nuestra oferta pastoral no es ni puede definirse por la cantidad de acciones, la administración de sacramentos, la participación masiva de los alumnos en actos de culto, el tiempo dedicado a oraciones o el dinero recogido para el Domund...

Es más: hay que acabar, por ejemplo, con «ejercicios» o convivencias aisladas, que parecen puestas más para tranquilizar que para inquietar (para tranquilizarnos a nosotros...) si no estamos dispuestos a asegurar su continuidad a través de la catequesis seria en grupos cristianos. Lo mismo digo respecto a misas y confesiones de esas que se hacen «porque toca», desencajadas de un plan de iniciación sistemática a la celebración de la fe.

Nuestra oferta es de invitación clara a la conversión —al cambio de vida—, a hacer comunidad, a trabajar por el Reino de Dios, que hoy, igual que en tiempos de Jesús, sigue teniendo como destinatarios privilegiados a los marginados del mundo.

Y cualquier actividad pastoral que responda a alguna de estas opciones podemos prescindir de ella con toda tranquilidad.

3. El grupo cristiano, como método y como contenido

Todo lo que hemos dicho no nos deja ya otra alternativa respecto de la metodología a seguir para poner en práctica las tres opciones dichas. El grupo cristiano —grupo de profundización en la fe— es el núcleo metodológico de esta pastoral como exigencia del mismo contenido.

Cuando hablamos de «grupo» de profundización o maduración de la fe nos referimos a un «grupo primario», es decir, aquel en que es posible una relación cara a cara, donde todos se conocen personalmente y mantienen unas interacciones directas, afectivas, espontáneas. Es, por tanto, un grupo reducido de personas que comparten objetivos y normas comunes. Es evidente que el grupo normal de clases, de 30 a 40 individuos, no corresponde a estas características.

En los grupos primarios (familia, pandilla, grupo de amigos...) tienen lugar los principales procesos de socialización de los individuos; por medio de ellos se realiza la integración real en la sociedad general y en las sociedades y asociaciones intermedias.

De la misma forma, la integración en la sociedad eclesial no se dará plenamente si no es a través del pequeño grupo de maduración en la fe. Este es el mediador entre la religiosidad institucional y la religiosidad personal. De hecho, cuando el muchacho llega a la adolescencia, es cuando descubre realmente su inserción en la Iglesia como institución; comienza entonces a poner en cuestión su pertenencia a ella. La crisis es inevitable y el conflicto real. Si esa viva sensibilidad individualista propia de la edad no se equilibra con un reforzamiento del sentimiento mismo de pertenencia a través del grupo primario de maduración en la fe, el efecto subsiguiente será la deserción y el abandono de la fe. Por el contrario, el sentimiento de pertenencia alcanza su mayor cohesión cuando el adolescente tiene ocasión de experimentar en grupo los valores religiosos, cuando participa activamente en él y se siente influido por él. Porque entonces es cuando se identifica con aquello a lo que pertenece.

En el grupo y a través de él es como el muchacho va a iniciarse en la conversión a Cristo y a los valores del Evangelio. En el grupo empezará a experimentar la comunidad cristiana como algo ya presente y, sobre todo, como proyecto. En el grupo y desde el grupo se iniciará en el compromiso cristiano al servicio del Reino de Dios y entenderá su vida como una vocación a la que ha de responder a través de los demás.

Pero para que el grupo responda a estas expectativas, ha de evitarse confundirlo con un «grupo de amistad», o un grupo de discusión de temas, o un grupo para contarse los problemas, o un grupo de oración... Hay que integrar todo eso y algo más.

El grupo que proponemos en esta pastoral tiene cuatro pilares bien definidos:

- En primer lugar, trata de lograr una *relación de amistad* entre sus miembros.
- Fomenta la *reflexión sistemática* sobre el mensaje evangélico, lo cual implica el revisar la vida de sus miembros desde esta perspectiva y adquirir los criterios cristianos.
- Inicia a los muchachos en la *oración y la celebración de la fe* para hacer consciente la presencia de Jesús en el grupo.
- Finalmente, conduce al compromiso por el Reino de Dios desde una serie de acciones que poco a poco llevan a asumir un *proyecto de vida* según los valores que se van encarnando.

4. Los otros niveles de evangelización

El que hayamos puesto el acento en el grupo de profundización en la fe como núcleo metodológico de nuestra pastoral no quiere decir que en él se agote toda nuestra actividad pastoral, ni mucho menos, sino que está en el centro de ella. El grupo, si funciona bien, será fermento unas veces, otras revulsivo y siempre elemento crítico de los restantes niveles de evangelización en la escuela.

La pastoral en un centro educativo ha de fomentar todas aquellas acciones que estimulen *el cultivo de actitudes y valores cristianos*. Entre ellas tiene un puesto especial *la reflexión de la mañana*, tan tradicional como efectiva en nuestro instituto.

Pero, sobre todo, la pastoral ha de cuidar, como elemento fundamental de la acción educadora, *la enseñanza religiosa escolar*, dándole el puesto que le corresponde en la escuela en cuanto a seriedad, exigencia y fidelidad al Mensaje que ha de transmitir. Vigilará que se cumpla su objetivo específico, es decir, el lograr *la síntesis entre fe y cultura*, iniciando también en lo posible *la síntesis entre fe y vida*, que es lo característico de los grupos cristianos.

Desde los distintos niveles de aceptación de la fe en el centro, la pastoral debe dar también una gran importancia a todo lo que es *la expresión de la fe*, iniciando en la oración y celebrando los Sacramentos; sin embargo, tendremos que renunciar a todo lo que sea administración pasiva de Sacramentos, tratando, en cambio de situarlos en un plan de catequesis orientado a expresar y celebrar la fe.

III. ALGUNAS CONSECUENCIAS PRACTICAS

La primera consecuencia que se deduce de esta reflexión es que todos los hermanos volvamos a tomar este ministerio como *nuestra principal función*. Y digo «volvamos» porque la profesionalización que nos ha caracterizado en los últimos años ha ido acompañada en demasiados casos de una renuncia a la labor pastoral específica. Y así, de aquellos años en que teníamos a diario el estudio personal de tipo religioso, la reflexión de la mañana, la clase de religión y la catequesis de la tarde, hemos pasado a tener dos horas de religión semanales en el mejor de los casos, y la negativa de cierto número de hermanos a impartir la enseñanza religiosa, no digamos ya a la animación de un grupo cristiano.

Pero en este retomar el ministerio pastoral como nuestra principal función hay diversas responsabilidades que conviene especificar:

— Ante todo, convendrá recordar a todos los hermanos que la catequesis de hoy se realiza fundamentalmente a través del grupo de profundización en

la fe en tiempos fuera del horario lectivo, y que, por consiguiente, será responsabilidad de todo hermano que por edad y mentalidad esté en condiciones de hacerlo, el animar algún grupo cristiano, siempre en coordinación con el plan que se lleve a nivel distrital.

- En segundo lugar, si se quiere que la pastoral funcione en un centro, debe haber quien la coordine de manera efectiva, y esto supone, entre otras cosas, el contar con tiempo para ello. Esa dedicación y ese tiempo han de ser reconocidos por la comunidad y favorecidos por el director o jefe de estudios.
- En tercer lugar, la condición de que la pastoral en los centros vaya logrando los objetivos que hemos señalado, en cuanto a maduración en la fe, es que haya un equipo a nivel distrital que coordine, mentalice, señale, los pasos a dar e incluso proporcione el material necesario. Esto es responsabilidad del provincial, el cual, acuciado por los problemas profesionales de los centros, no siempre la tiene en cuenta; el equipo coordinador, o está tan liberado como el provincial o el auxiliar, o no podrá cumplir debidamente con su función.
- Finalmente, no olvidemos la observación evangélica de que un árbol bueno da frutos buenos y un árbol malo da frutos malos. Entre los mejores frutos de una pastoral catecumenal bien llevada se cuentan las vocaciones consagradas. Consecuentemente, un centro de donde sistemáticamente, en condiciones normales, no sale una vocación consagrada es una señal bastante evidente de que hay que replantearlo a fondo, porque es fácil que carezca de identidad cristiana o que la pastoral brille por su ausencia, cosas casi equivalentes.